

Marx en México

Luis Hernández Navarro*

Carlos Marx dista mucho de ser un extraño en la vida política y académica del país. Desde hace aproximadamente 150 años comenzó a instalarse en el imaginario mexicano a través de múltiples y diversos actores y circunstancias, y desde entonces ha permanecido allí. Lo han hecho suyo sucesivas oleadas de inmigrantes y exiliados políticos en territorio mexicano, dirigentes obreros, políticos, líderes campesinos, artistas e intelectuales, organizadores, inquilinarios, mujeres, periodistas, estudiantes, funcionarios públicos, profesores universitarios, religiosos y psicoanalistas y varias generaciones de maestros de la escuela pública han tenido un papel central en la conservación y enriquecimiento de esta herencia.

Un viejo conocido

Carlos Marx dista mucho de ser un extraño en la vida política y académica del país: desde hace unos 150 años comenzó a instalarse en el imaginario mexicano a través de múltiples y diversos actores y circunstancias, y desde entonces ha permanecido allí. Desde que en 1871 llegaron al país los primeros ecos de la Comuna de París y en 1884 *El Socialista* publicó por primera ocasión el *Manifiesto del Partido Comunista* (García Cantú, 1969), su obra, su doctrina, su imagen y su

biografía se han difundido de manera constante e ininterrumpida.

A lo largo del último siglo y medio lo han hecho suyo sucesivas oleadas de inmigrantes y exiliados políticos en territorio mexicano, dirigentes obreros, políticos, líderes campesinos, artistas e intelectuales, organizadores inquilinarios, mujeres, periodistas, estudiantes, funcionarios públicos, profesores universitarios, religiosos y psicoanalistas y varias generaciones de maestros de la escuela pública han tenido un papel central en la conservación y enriquecimiento de esta herencia.

La imagen del autor de *El Capital* ha quedado plasmada en multitud de pinturas murales, cuadros de caballete, grabados, carteles y esculturas y sus libros han sido traducidos al español,

publicados y difundidos de manera intermitente, se han creado editoriales y colecciones especializadas en su obra, sus escritos se han analizado en innumerables círculos de estudio, células partidarias y cursos escolares y su vida y pensamiento se han dado a conocer en programas de radio, periódicos, revistas, conferencias y homenajes de organizaciones gremiales, asociaciones culturales y grupos barriales.

Durante todo este tiempo, millones de mexicanos se han identificado a sí mismos como marxistas o antimarxistas e innumerables partidos y grupos políticos, sindicatos, cooperativas, ligas campesinas, colonias populares, clubes estudiantiles, bibliotecas, escuelas y calles a lo largo y lo ancho del país han llevado o tienen su nombre, multitud de padres han bautizado a

* Coordinador de opinión de *La Jornada*.

sus hijos como Carlos e incluso a sus hijas como Marxina en honor al filósofo de Tréveris, su retrato está colgado en un número incierto de muros y, como puede verse en los pequeños puestos ambulantes a las afueras de las principales facultades de universidades públicas, sus libros se siguen vendiendo profusamente y para horror de una cierta intelectualidad que declara cada cierto tiempo la caducidad de su pensamiento, se le sigue leyendo, apreciando y utilizando.

Para no pocas personas Carlos Marx es la encarnación misma del mal, una especie de diablo muerto que sigue conduciendo a los vivos por la senda del pecado y el desastre social por medio de su sistema, en el que distintas generaciones de conservadores (y liberales) han visto un instrumento diabólico, la encarnación misma del encono social, al que hay que combatir, llegando incluso a organizar grupos secretos para enfrentarlo, siendo también para ellos el autor de *La miseria de la filosofía*, aunque por razones opuestas a las de sus seguidores, un pilar identitario.

La difusión y permanencia del dirigente de la Primera Internacional en el imaginario político mexicano ha sido discontinuo, estando asociada a eventos internacionales como la Comuna de París, la Revolución Rusa, la Segunda Guerra Mundial y el triunfo de las democracias populares, la Revolución Cubana, el movimiento de 1968, el Concilio Vaticano II, el socialismo del siglo XXI y la crisis financiera de 2008, así como a acontecimientos nacionales como la politización de dirigentes anarcosindicalistas, pintores y artistas a comienzos del siglo XX, la radicalización del movimiento campesino, el cardenismo y la educación socialista, la insurgencia ferrocarrilera y magisterial de 1956-1960, el movimiento médico de 1966, la matanza de Tlaltelolco, las guerrillas, los Colegios de Ciencias y Humanidades y la democratización de las universidades, el fraude electoral de 1988 y el levantamiento zapatista de 1994. Como podemos ver, los factores mundiales y los locales no han caminado cada uno por su lado, imbricándose y retroalimentándose mutuamente, y en todos esos momentos de grandes transformaciones políticas progresistas y de ascenso de la lucha social la figura y la obra de Marx han seguido creciendo, mientras que, ante la expansión de la Guerra Fría, el avance de la revolución conservadora y los reflujos del conflicto de clases han disminuido progresivamente.

Curiosamente, la obra de Marx tardó en ser conocida en México: el historiador Vicente Fuentes Díaz habló “con varios fundadores del Partido Comunista y nadie ha podido informarme de la existencia de algún texto marxista en 1919. Jesús Urueta, a su regreso de París en 1907, trajo el *Manifiesto*, pero sólo un reducido grupo de intelectuales

pudo leerlo. A México —escribió Humberto Musacchio— le amaneció el siglo XX sin marxismo”.

En su autobiografía, Bertram Wolfe (1981), revolucionario estadounidense, amigo y biógrafo de Diego Rivera que jugó un papel fundamental en la formación del Partido Comunista en México, asistiendo en 1924 como su delegado al V Congreso de la Internacional Comunista en Moscú, escribe una anécdota que le fue relatada a su vez por Robert Haberman, otro connacional suyo, asesor de Felipe Carrillo Puerto, dirigente del Partido Socialista del Sureste, que revela qué tan conocido era el filósofo alemán en el México posrevolucionario. Según Haberman, él le hablaba tanto y con tanta frecuencia al gobernador yucateco sobre Carlos Marx y Federico Engels, que un día el mandatario le dijo: “¿Y dónde están esos jóvenes? Dígalos que se vengan para acá y les daré un puesto como asesores...”

A pesar de ello, Carrillo Puerto proclamó su administración en Yucatán como el “primer gobierno socialista de América” y emprendió profundas reformas políticas y sociales frenadas por el golpe de Estado que la Casta Divina dio en su contra.

Según José Revueltas, “había muy pocas publicaciones [y] teníamos que leer los materiales escritos a máquina. Yo leí *El materialismo histórico* de Bujarin en una copia mecanografiada que nos pasábamos de mano en mano y además sin la seguridad de que fuera una buena traducción. Las publicaciones vinieron mucho después, digo, ya en la época cardenista” (Anguiano, Pacheco y Vizcaíno, 1975).

Los testimonios de dos grandes divulgadores del marxismo concuerdan con la versión del autor de *México, democracia bárbara*. Víctor Manuel Villaseñor recuerda en sus memorias que él regresó de Estados Unidos en 1931, con las obras selectas de Carlos Marx, en versión francesa, y las de Lenin en francés (Villaseñor, 1976). Al igual que él, Vicente Lombardo Toledano tuvo que leer a los clásicos en traducciones al inglés y francés que trajo de Nueva York en 1925, dedicando todas las noches durante seis meses enteros al estudio de los tres volúmenes de *El Capital* (Millon, 1964).

¿Cómo fue entonces que, además de los libros en lenguas extranjeras, se conoció el materialismo histórico en México? A través de algunas traducciones de manuales (la obra de Bujarin, hasta su caída en desgracia en la URSS, fue fundamental), de conferencias de quienes sí los habían leído, de mítines, artículos de prensa, tanto nacional como comunista, y de algunos programas de radio, difundándose oralmente el socialismo científico. En 1934, la radio auspició un ciclo de conferencias alrededor del marxismo, que fueron

finalmente compiladas en el libro *Marxismo y antimarxismo*, en las que participaron Villaseñor y Lombardo, y un año más tarde, el futuro fundador del Partido Popular intervino en el debate filosófico que sostenían en la prensa Antonio Caso y Francisco Zamora, defendiendo al materialismo dialéctico del idealismo.

Más que por medio de lecturas, el marxismo se difundió a través de relatos que anunciaban el fin de una era de explotación y penuria y el advenimiento de una nueva sociedad, las historias de las pugnas [populares por librarse de] la gleba y la construcción de la Unión Soviética. El secreto de la narración entre los pobres —escribió John Berger en *Diez comunicados ante el aguante sobre los muros* en un ensayo que permite comprender cabalmente esta dinámica— es la convicción de que los relatos se narran para que se los escuche en otro lado, [en] donde alguien, o tal vez una legión de personas, sepa mejor que el narrador o los protagonistas cuál es el sentido de la vida [...] [siendo] los relatos una forma de compartir la creencia de que la justicia es inminente”¹.

Más allá de su impacto en la esfera estrictamente política, Carlos Marx y el marxismo han atravesado y marcado el arte mexicano (desde la pintura hasta la literatura), las ciencias sociales, la historia, la filosofía y la educación. Y más aun si consideramos que el mundo de las humanidades entre 1936 y el día de hoy sería impensable al margen de la obra del autor de *La guerra civil en Francia*. Si, como dijo Jean Paul Sartre, el marxismo es el saber de nuestra época, buena parte de la vida universitaria y de la producción artística nacional hasta 1989 estuvo profundamente influida por esta corriente de pensamiento, incapaces de escapar a su influencia y hoy, ante una devastación ambiental sin precedente, el despojo de los territorios y una crisis económica interminable, comienza nuevamente a “ponerse de moda” entre sectores de la juventud.

Pensadores y artistas de primer orden “nacionalizaron” el marxismo en México, y lo hicieron una herramienta para comprender y transformar la realidad nacional y pintores como Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, escritores como José Revueltas y Ermilo Abreu Gómez, científicos sociales como Luis Chávez Orozco y Miguel Othón de Mendizábal, políticos como Vicente Lombardo Toledano —por citar algunos— fueron fundamentales en darle legitimidad a esta doctrina y convertirla en una referencia ineludible en el campo intelectual del país.

¹ <<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=6431>>.

Sin embargo, la difusión de la vida y la obra del autor de *La ideología alemana* en México no ha sido obra exclusiva de grandes intelectuales, dirigentes nacionales de partidos políticos o profesores universitarios, jugando también un papel fundamental en su difusión personajes mucho menos conocidos y reconocidos, como el dirigente campesino Rubén Jaramillo, eslabón entre el viejo zapatismo y las guerrillas socialistas, que se acercó al marxismo a través del mecánico comunista Mónico Rodríguez y del peluquero *Gorra Prieta*, que había formado el sindicato Carlos Marx en el ingenio de Atencingo, siendo ellos quienes le dan a leer *El Manifiesto Comunista* y *La madre* de Máximo Gorki.

Del mismo modo, exilados políticos e inmigrantes fueron (y siguen siendo) figuras clave en la implantación y enriquecimiento del materialismo histórico en el país, siendo impensable sin ellos el florecimiento de esta teoría, que cultivaron desde el primer momento, como el alemán Pablo Zierold, quien fundó el Partido Socialista Obrero, que cabía en un coche, en 1911 y divulgó (García Cantú, 1969) en páginas manuscritas y traducidas por él, artículos y ensayos de los autores del socialismo científico o los *slackers* (gandules en inglés) estadounidenses, que llegaron al país huyendo de la Primera Guerra Mundial, y un indio, Manabendra Nath Roy, que fueron fundamentales en la formación del Partido Comunista, destacándose además comunistas alemanes como el pedagogo consejista Otto Rhüle o la escritora Anne Siegers, cubanos como José Antonio Mella, los argentinos Aníbal Ponce y José Aricó, rusos como León Trotski, triestinos como Vittorio Vidali, los españoles Wenceslao Roces, Ramón Ramírez y Adolfo Sánchez Vázquez, el ecuatoriano Bolívar Echeverría, los brasileños Ruy Mauro Marini y Theotonio dos Santos o el irlandés John Holloway, entre otros, todos los cuales marcaron el debate intelectual de su época y dejaron su huella en el país.

Igualmente, en los equipos dirigentes del comunismo mexicano abundaban los cuadros internacionales: como documentó Óscar de Pablo (2018), a finales de la década de los veinte del siglo pasado, integraban su construcción el ucraniano Iulii Rosovsky como secretario de organización, el venezolano Salvador de la Plaza, secretario de finanzas, Julio Antonio Mella, secretario de prensa y propaganda, y el canario Rosendo Gómez Montero, editor de *El Machete*, mientras el italiano Vittorio Vidali encabezaba el *Socorro Rojo*, y el estadounidense Russell Blackwell la *Juventud Comunista*.

Por supuesto, la implantación y expansión del marxismo en México caminó, sobre todo en sus primeros años,

de la mano de la acción de partidos y grupos comunistas y de izquierda y de la labor de la III Internacional, siendo impensables los primeros años de asentamiento del socialismo científico en el país sin la labor de los distintos enviados del partido de la revolución mundial Mijaíl Borodin, Sen Katayama, Louis Fraina o Charles Phillips. Marx se instala plenamente en el país de la mano de la Revolución bolchevique,

Siendo fundamentales los distintos partidos y grupos comunistas, trotskistas, maoístas, socialistas o guevaristas, y, años después, los promotores de la Teología de la Liberación, dedicados a la formación de cuadros, a la divulgación del marxismo y la edición de libros, periódicos y revistas, en la naturalización de esta doctrina.

Sin embargo, definir la relación entre la revolución bolchevique y la mexicana le resultó a los marxistas mexicanos harto complicada y pasarían muchos años antes de que los instrumentos del materialismo histórico le sirvieran a quienes los reivindicaban para desentrañar la verdadera naturaleza de ese movimiento político y social, debido a que el vendaval revolucionario y la vitalidad del levantamiento armado de 1910-1917 dejó, en las primeras tres décadas del siglo XX, muy poco espacio de acción a los promotores del socialismo científico, aunque, como ha recordado Alejandro Espinoza, Alejandra Kollontái, la embajadora de la Unión Soviética en México, dijo a su arribo en Veracruz en diciembre de 1926 que “No hay dos países en el mundo de hoy que sean tan parecidos como México y la URSS”².

A lo largo de un siglo, el marxismo se ha difundido y arraigado en el país de manera desigual, por lo que resulta absurdo considerarlo un fenómeno exclusivo de la Ciudad de México, y si bien en regiones en las que tuvo una gran importancia como Tamaulipas, Sinaloa o La Laguna su influencia declinó, en lugares como Michoacán, Puebla y Chiapas ha tenido en cambio una presencia intermitente significativa y relativamente constante.

Hoy en día, la presencia de Marx y el marxismo está muy lejos de circunscribirse exclusivamente a las universidades, pues varios partidos que se proclaman comunistas lo reivindican, además de que está activa una generación de dirigentes urbano-populares y campesinos que se formaron política e ideológicamente en una versión del marxismo proveniente lo mismo de Marta Harnecker que de Eduardo del Río “Ríus”, quienes popularizaron categorías antes reser-

vadas a los especialistas, sedimentándose ese materialismo histórico en su práctica política y en su visión del mundo. Desde hace más de 70 años, los alumnos de las Normales Rurales se educan en un currículo paralelo al oficial que contempla la lectura de los clásicos marxistas y la dirigencia de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), en parte proveniente de esas normales, está mayoritariamente formada en el marxismo, estudiándose en sus cursos textos como el *Manifiesto Comunista* o el *Poema Pedagógico* de Antón Makárenko. Además de esto, miles de jóvenes conocieron el materialismo histórico en las clases de Teoría de la Historia del CCH, y a través de la lectura de textos como *Para comprender la historia* de Juan Brom o la *Teoría científica de la Historia* de Enrique González Rojo y un buen número de los grupos y protopartidos que integran el archipiélago de la izquierda radical siguen estudiando marxismo.

Incluso el polémico Movimiento Antorchista celebró el bicentenario del natalicio del pensador de Tréveris en el Auditorio Nacional en la Ciudad de México, en el que su dirigente Aquiles Córdova leyó una ponencia y sus grupos culturales interpretaron danzas y cantaron “La Internacional”: “A 200 años del nacimiento de Carlos Marx –dijo Córdova–, su concepción del mundo sigue vigente como explicación profunda de los males de la sociedad de su tiempo y de la actual, incluidas la pobreza, el hambre, la desigualdad, las guerras armadas y las luchas ideológicas de las que somos testigos todos los días”³.

Kínderes bolcheviques

En 1941, maestros y estudiantes de la normal rural de Ayotzinapa organizaron un paro de labores para exigirle a la Secretaría de Educación Pública (SEP) que le entregara los recursos para el funcionamiento de la institución que se había comprometido a dar, molestos además porque la Secretaría de Educación había nombrado a un nuevo director que despidió a los profesores más comprometidos, no daba clases, no vivía en la escuela y, para colmo de males, era aliado de caciques y comerciantes de Tixtla, enemigos de los campesinos.

El director de la Normal acusó falsamente a los estudiantes de que, el 10 de abril de ese año, durante la conmemoración de la muerte de Emiliano Zapata, habían

² <<http://confabulario.eluniversal.com.mx/rusia-y-mexico-arte-revolucionario/>>.

³ <<https://www.razon.com.mx/legado-de-marx-aun-esta-vigente-aquiles-cordova/>>.

quemado el lábaro patrio e izado en su lugar una bandera rojinegra. Días más tarde, el 2 de mayo, el gobernador se presentó a la escuela con soldados y policías, y arrestó a seis estudiantes y tres maestros, llevándose de paso un retrato de Carlos Marx que estaba en el comedor del internado.

El escándalo creció y un par de meses después, el presidente Manuel Ávila Camacho visitó Ayotzinapa y ordenó a la SEP remover al director, aunque no reinstaló a los maestros cesados, pero meses más tarde, los detenidos fueron liberados por falta de pruebas y el secretario de Educación, Luis Sánchez Pontón, tuvo que presentar su renuncia.

La historia de esta barbaridad fue documentada por el agrónomo Hipólito Cárdenas, hombre de izquierda comprometido con las luchas campesinas y antiguo director de la normal rural que escribió un libro al respecto de este incidente titulado *El caso de Ayotzinapa o la gran calumnia*.

Por supuesto, no sería esa ni la primera ni la última difamación sufrida a lo largo de la historia por la comunidad de la normal rural, ya que a lo largo de su historia se han propalado una y otra vez todo tipo de maledicencias en su contra: pocos años antes de este suceso, en 1936, el cura del municipio y los comerciantes de Tixtla, descontentos porque las tierras del pueblo hubieran sido asignadas a la escuela, organizaron una campaña contra los jóvenes que provocó que varios de ellos fueran asaltados y detenidos.

Ciertamente, que un cuadro del filósofo de Tréveris estuviera en una normal campesina no constituía una anomalía, ni tampoco que los sectores más retrógrados lo consideraran la fuente de todos los males, acusando desde su nacimiento a estos centros escolares de ser kínderes bolcheviques en función de que en sus muros aparecen regularmente los retratos de los autores de *La sagrada familia* acompañados, desde la década de 1960, de egresados de esas escuelas, como Lucio Cabañas y Misael Núñez Acosta, o que estudiaron en la Nacional de Maestros, como Genaro Vázquez.

Las normales rurales fueron creadas entre 1923 y 1926 como parte del gran proyecto educativo y agrario de la Revolución Mexicana, teniendo escuelas tendrían como misión ser protagonistas centrales en el cumplimiento de estas aspiraciones. Los profesores que egresaran de ellas serían actores centrales en la lucha contra el fanatismo y la ignorancia y a favor de la justicia social. Como dice Tanalís Padilla “los maestros rurales serían el vínculo concreto entre los ideales abstractos del nuevo proyecto nacional

y los beneficios materiales, como el acceso a la tierra” (Padilla, s/f)⁴.

No obstante, la relación entre los normalistas rurales y Marx va mucho más allá de lo gráfico, pues es parte integrante y activa de su panteón y su imaginario profesional, leídas y discutidas sus obras en los círculos de estudios organizados como parte del currículo alterno por el Comité de Orientación Política e Ideológica de su organización nacional, la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM).

En palabras de la FECSM, fundada en 1935: “Mediante nuestra educación integral reivindicamos el marxismo-leninismo y rechazamos cualquier tipo de dogma o superstición en la explicación de nuestro entorno. Nos refrendamos como estudiantes aliados del proletariado en su lucha por la transformación social, pero también porque proletarios somos; por eso estamos seguros de que el papel del estudiante no se encierra en los cuatro muros del aula, y que no basta con leer libros para entender la situación del mundo: es necesario leer al mundo a través de la realidad para enfrentar los problemas que afectan a la sociedad”⁵.

Esta relación entre Marx y los trabajadores de la educación no es privativa de los maestros rurales; por el contrario, es común a muchísimos profesores del sistema de educación pública, pues forma parte de su visión del mundo y lo ha sido durante un siglo, tanto así que, en mucho, el magisterio ha sido uno de los principales difusores del marxismo desde que aterrizó en México.

La vida del dirigente magisterial Othón Salazar es un ejemplo del papel de los profesores como eslabones transgeneracionales que han mantenido vivo el socialismo científico a lo largo de un siglo. Nacido en Alcozauca, en la Montaña de Guerrero, en 1924, fue marcado, al igual que miles de maestros en su época, por la educación socialista. Othón contaba cómo en su niñez un detalle marcó su vida: su certificado de cuarto de primaria tenía como sello oficial la hoz y el martillo.

Después de abandonar su sueño inicial de ser sacerdote, vestir sotana y dar sermones desde el púlpito, Salazar entró a la Normal Rural de Oaxtepec con 17 años de edad, descalzo y con pantalón de manta, y ahí su maestro Benito lo convenció de que era mejor ser licenciado como

⁴ <<http://www.elcotidianoenlinea.com.mx/pdf/15409.pdf>>.

⁵ Las razones y las luchas del normalismo rural, 21 de julio de 2013: <<https://www.contralinea.com.mx/archivo-revista/2013/07/21/las-razones-la-lucha-de-las-normales-rurales/>>.

Benito Juárez. Como estudiante normalista, practicaba oratoria leyendo en voz alta *La Voz de México*, el periódico oficial de los comunistas, y de allí pasó a Ayotzinapa, a la Nacional de Maestros y a la Normal Superior, centros de educación en los que era evidente la influencia marxista, y en 1945 ingresó al Partido Comunista, al que pertenecía su tío Francisco Salazar en su natal Alcozauca, dirigiendo entre 1952 y 1953 el Club Estudiantil Normalista de la Juventud Comunista.

Ilusionado con la idea de enseñar, el profesor Salazar impartió sus primeras clases en 1949 a un grupo de sexto de primaria, procurando desarrollar entre sus alumnos la capacidad de análisis, el cultivo de la inteligencia y el fomento de la cultura. En 1954 se convierte en presidente del Comité de Huelga de la Escuela Normal Superior, y luego dirigente de la Sección IX del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), hacia aquel entonces ya controlado por el charrismo sindical, y cuando enfrentaba momentos difíciles, como las protestas de 1956-60, leía *La Madre* de Máximo Gorki.

Cuando en 1958 el Movimiento Revolucionario del Magisterio, dirigido por Othón, estalló el paro y la ocupación de los patios de la SEP, los integrantes del Taller de Gráfica Popular hicieron un grabado titulado *La huelga de los maestros*, que, una vez ampliado a una altura de tres pisos, fue colgado en el edificio de la secretaría, aunque este acto no era mera solidaridad, pues muchos talleristas (actores fundamentales en la creación de un arte popular desde 1937) eran profesores y parte del movimiento.

Años después, influido poderosamente por la Revolución cubana, Salazar emprende, junto con otros maestros disidentes y campesinos jaramillistas, la formación de un núcleo guerrillero, aunque no duró mucho en el proyecto. En 1964 reingresa nuevamente a las filas del PC y a sus 46 años de edad es enviado por el partido a una escuela de cuadros en la URSS en la que termina de formarse como marxista. Nada más llegó a la patria del socialismo, recogió un puñado de tierra y lo conservó el resto de su vida.

Muchos años después, en febrero de 2005, en un homenaje recibido en Oaxatepec, el maestro reconoció su deuda con su antiguo centro de formación: “Los ideales revolucionarios que la Normal Rural de Oaxtepec inculcó en mí, señoras y señores, niños y niñas, son guía de mi vida sobre bases militantes; sobre las bases y los principios y la teoría de la izquierda revolucionaria; así ha sido [y] así será hasta el fin de mi vida”.

Así fue: Othón murió en la pobreza en 2008 después de romper con el Partido de la Revolución Democrática

(PRD): “¿Si estoy formado como comunista qué hago en el PRD?: comunista me formé, comunista me he de morir”.

Aunque la trayectoria de Othón Salazar es excepcional, el clima político en el que se formó dista mucho de serlo: en 1933, el maestro Hipólito Cardenas, director de la Normal Rural de Ayotzinapa, fundó en la escuela, la seccional estatal del Partido Comunista y dos años después, cuando este instituto político hace alianza con el gobierno cardenista, apoyado por las autoridades educativas y los directores de escuela, crece compulsiva y corporativamente entre el magisterio (Bartra, 1996).

No se trataba de una situación exclusiva de Guerrero: como apunta Raby (1974), en junio de 1937 el Partido Comunista afirmaba tener 17 mil miembros, la tercera parte maestros. En esos años había unos 40 mil profesores, lo que significa que uno de cada ocho era comunista: de hecho, no sería muy exagerado decir que entre 1936 y 1939 la mitad del magisterio se inclinaba hacia el comunismo, pues constituían el mayor grupo profesional dentro de sus filas.

Esos maestros se dedicaron, entre 1930 y 1940, a organizar obreros y campesinos, promoviendo la reforma agraria sobre el terreno, alentando la formación de cooperativas e interviniendo en política, fungiendo como los intelectuales orgánicos de la sociedad rural, pues la educación socialista como trasfondo, su capital cultural y su facilidad de palabra los convertían en líderes naturales de las comunidades. Los comunistas dirigieron también el Sindicato de Trabajadores de la Educación de la República Mexicana (STERM), creado en 1938 a partir de una iniciativa suya.

Un ejemplo emblemático de esa generación de maestros, anterior a la de Othón Salazar, fue José Santos Valdés, que nació el 1° de noviembre de 1905 en Matamoros, Tamaulipas, y murió el 5 de agosto de 1990, hijo de un peón de hacienda que desde su más tierna infancia trabajó en ellas. Estudió en la Escuela Normal de Coahuila gracias a una beca y los 16 años de edad padeció síntomas de tuberculosis por hambre.

En 1923 obtuvo una plaza de maestro rural, empleo por el que le pagaban 2.50 pesos, tres veces el sueldo de los peones, comprándose con su primer sueldo su primer traje, aunque administrador y el mozo de la hacienda le amargaron la vida y así, cuando le explicaba a los niños que las nubes son vapor de agua condensado, el primero le replicaba socarronamente: “Ustedes los *maestrillos* rurales son unos ignorantes que enseñan mentiras y más mentiras; las nubes son de polvo”.

Un año más tarde continuó su formación como profesor de primaria, pues no quería ser un destripado: se graduó en 1926 y muy pronto sacaría las primeras lecciones de su experiencia docente. “Entendí —escribió en su *Autobiografía*— que sólo puede ser accesible a los niños de manera completa aquello que no deja dudas o confusión en nosotros mismos.” Para él, lo que educa no es lo que se dice, sino lo que se hace, lo mismo con la puntualidad que con el trabajo. Los niños —concluyó— no resisten la fuerza del ejemplo.

Su experiencia docente fue intensiva y fructífera. Fue director de la Escuela Primaria Superior Talamantes, de Navojoa, Sonora, en la que tuvo como discípulos a los hijos del ex presidente Álvaro Obregón, aunque siendo inspector de zona en las escuelas primarias de Hermosillo fue deportado del estado por el gobernador Rodolfo Elías Calles, quien le dio 24 horas para abandonar el territorio en función de considerarlo un peligroso comunista.

Santos Valdés no tenía idea de qué era eso. “Cuando de Sonora me expulsaron por comunista, [aunque yo] no sabía qué era eso. Mis amigos mazatlecos y el empleado de Hacienda (que era marxista), no me lo habían explicado, no sabía que en México había un partido llamado así [...] Me relacioné con otros miembros del PCM pero no pude ingresar al partido, [porque] era muy difícil hacerlo, debía probar mi consistencia en el trabajo diario, [así que me fui] fui a Tamatán, Tamaulipas, cerca de Ciudad Victoria, [y aunque tenía algunos] contactos, [fue muy difícil en aquel] entonces (julio de 1932) ligarse con ellos, [aunque] al fin conseguí lo que deseaba [...] me bebí los libros y folletos básicos y además me incliné por las reflexiones de tipo filosófico. Aprendí (arriesgando la libertad y tal vez la vida), lo que cuenta la disciplina: empecé a ver con claridad y a orientarme en la maraña de los hechos sociales [y] creo que esos años (Julio de 1932 a septiembre de 1934) fueron decisivos en mi dirección ideológica, y desde luego, en mi futuro”

Santos Valdés fue militante del Partido Comunista hasta 1947. Renunciando en parte, porque el partido apoyó la candidatura presidencial de Miguel Alemán. Fue también miembro del Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) y en 1988 apoyó la postulación de Cuauhtémoc Cárdenas.

En un primer momento dudó de las posibilidades de implementar una real educación socialista en el país. “Bien sabíamos que era una contradicción insalvable el pretender realizar [una] educación socialista en un país de propiedad privada”. Sin embargo, “ofrecía [una] magnífica oportunidad para la creación de la necesaria conciencia —en niños y jóvenes— que facilitara el cambio esperado por los revolu-

cionarios mexicanos; así lo comprendió la burguesía y de allí su ruda oposición” (Santos Valdés. 1980).

Santos Valdés fue, hasta 1947, un activo organizador sindical del magisterio que nunca dejó de laborar como maestro mientras fue representante gremial, siendo además quien redactó en 1935 el manifiesto que dio origen a la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México. A lo largo de toda su vida, fue un crítico severo de la burocracia sindical, a la que consideraba como parte de los villanos de la pedagogía. “Al maestro de primaria se le ha degradado profesional y moralmente a través de una política economicista y egoísta y de la acción de líderes sindicales y autoridades educativas”. [...] “El magisterio de base, que en México es extraordinario y creador, se ve reprimido por sus ‘líderes’ y, el colmo, por sus propias autoridades”.

Su análisis de la situación magisterial iba más allá del mundo sindical o de los funcionarios educativos. Preocupado por quienes influían en la moral profesional del magisterio, lamentó profundamente el papel que en la corrupción de los trabajadores de la educación desempeñan quienes sólo están preocupados por la ganancia.

Profesionista estricto y conocedor profundo de los profesores de aula, no perdió nunca la fe en su capacidad creadora: “La práctica me ha probado que todas las virtudes inseparables del maestro surgen, avivadas, cuando el maestro de banquillo encuentra las condiciones que le han permitido revelarse tal como él quiere ser. Esto lo he vivido, lo he visto centenares de veces”.

Un informe de 1961 de la Dirección Federal de Seguridad recuperado por Hallier Arnulfo Morales Dueñas lo describe: se ha caracterizado por tener demasiada influencia, desde el punto de vista político, entre el estudiantado de las escuelas normales rurales del norte del país. Y otro de 1965 señala que “se tiene conocimiento de que el orientador ideológico de las juventudes que asisten a estas normales es el Profr. Santos Valdés, supervisor de normales e inspector general de la zona Norte, con residencia en Torreón, Coahuila⁶.”

No todo fue miel sobre hojuelas en la relación entre los educadores y el partido, ya que el llamado *chambismo* y el clientelismo político pervirtieron a no pocos dirigentes magisteriales. Como lo recuerda Barry Carr (1996),

⁶ <<http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v14/doc/1120.pdf>>.

casi la mitad de las expulsiones ordenadas por el Comité Nacional de Inspección y Disciplina del PCM entre sus congresos sexto y séptimo fueron contra docentes comunistas que, según lo señalado por partido, abusaron de sus puestos de inspección y del apoyo que recibían de los directores escolares para cometer actos verdaderamente repugnantes e inmorales que “no sólo han dado empleo a sus amigos [e] invertido e ignorado [el] escalafón sino que han despedido a maestros no partidarios que protestaban por su abusiva conducta”.

Con la llegada de Manuel Ávila Camacho a la Presidencia de la República (1940-1946) se reorientó la función de los docentes para que impulsaran su política de unidad nacional y de ser promotores de la lucha de clases muchos de ellos se convirtieron en amortiguadores del descontento social y agentes de subordinación de movimientos populares. Ciertamente este fenómeno no era nuevo, pues fuertes vientos anticomunistas soplaban ya desde fines del gobierno cardenista procurando reducir la influencia comunista en la política educativa y en el sindicato magisterial.

Actor central en la demolición del compromiso político del magisterio rural y de su papel como defensor de la educación socialista y la reforma agraria cardenista fue Jesús Robles Martínez, el primer gran cacique del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) desde 1952 hasta su caída en desgracia el 22 de septiembre de 1972, quien, en el VII Consejo Nacional Ordinario del sindicato realizado en 1953, informaba que había cumplido su misión.

Se ha destruido la leyenda negra que forjaron los enemigos de nuestra causa, al concluir falsamente, que el maestro era en sí mismo un germen de disolución cuando en verdad no es sino un ser dotado de generosos e infatigables impulsos de superación que, si en ocasiones se manifiesta justamente en rebeldía, es porque no encuentra en el ámbito que lo circunda, ni estimula a su obra como mentor, ni incentivos como ciudadano a su colaboración dentro de la comunidad.

Sin embargo, muy pronto se hizo evidente que el anuncio de victoria de Robles Martínez en el Consejo del SNTE no tenía sustento, ya que, como lo muestra el ejemplo del MRM, primero, de las guerrillas de Lucio Cabañas, Genaro Vázquez, el MAR e incluso del MRP de Víctor Rico Galán, y de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) a partir de 1979, la rebeldía magisterial (y con ella la transmisión del marxismo) se han mantenido vivas a través de los años.

Antes de que se fundara la CNTE, una de las fuerzas que dedicó tiempo y recursos a impulsar la formación marxista entre los docentes fue el Frente Magisterial Independiente Nacional (FMIN), proveniente, en parte, de lo que fue la seccional magisterial de la Liga Comunista Espartaco. Esta organización tenía círculos de estudio en la Ciudad de México, Puebla, Oaxaca, Nayarit, la región Lagunera, Chiapas, Valle de México y Monterrey, en los que participaban como coordinadores figuras como Edelmiro Maldonado, Tereso González y Rubelio Fernández.

Su labor se realiza en dos momentos; en primer término la realización a partir de 1972 de círculos de estudio de marxismo-leninismo en la Normal Superior, que les permiten formar cuadros sindicales y docentes con textos básicos como *Educación y lucha de Clases* de Aníbal Ponce, *El Alma del Niño Proletario*, de Otto Rhüle, entre otros.

Eso derivó en un Segundo Proyecto de la Normal Popular Rubén Jaramillo, ubicada en la colonia Santa María la Ribera se enseñaban como materias básicas materialismo histórico y materialismo dialéctico y se llevaba un taller de pedagogía e historia como eje central de la investigación de los alumnos para conocer y practicar una nueva metodología educativa, propuesta que tuvo dos experiencias con participación masiva de alumnos y maestros.

Otro punto de llegada de esta labor de formación fueron la semana y la quincena pedagógicas en la Normal Superior de México con el objetivo de elaborar una propuesta de nuevos planes y programas de estudio. El derecho a elaborar la reforma la ganó la comunidad normalista en 1976, después de una huelga de 62 días, y si bien la SEP reconoció el derecho de los docentes a hacerlo, no aceptó que se incluyeran en el currículo escolar materias como materialismo histórico y materialismo dialéctico, el acuerdo se trabó y esta Reforma se implementó de manera conjunta con la Normal Superior de la Región Lagunera en Gómez Palacio, Durango, en donde funcionó con reconocimiento estatal hasta 1984.

Hablan los muros

Algún corresponsal extranjero, de esos que no acostumbran salir de las colonias Condesa o Roma de la Ciudad de México, que visitó la Normal Raúl Isidro Burgos a raíz de la desaparición forzada de sus 43 estudiantes en 2014, escribió que esos murales lo trasladaban a un país socialista, aunque la verdad es que no tenía que ir tan lejos para encontrar la fuente de inspiración de esas obras de arte, habiéndole bastado con asomarse a la escalera principal de Palacio

Nacional y ver el fresco de Diego Rivera titulado *Epopéya del pueblo mexicano*, para encontrar, entre imágenes de obreros, huelgas y banderas rojas con la hoz y el martillo, a Karl Marx sosteniendo con una mano el *Manifiesto comunista* o visitar el Palacio de Bellas Artes y ver las pinturas que Rivera plasmó allí en 1934, reproduciendo en parte su destruido mural del Centro Rockefeller en Nueva York, encontrándose igualmente con que, del mismo modo que en Ayotzinapa, en ese mural de Rivera la figura del obrero es central, que a su izquierda se representa al capitalismo y la lucha de clases, y a la derecha se muestra al mundo socialista y, para rematar, aparece Lenin unificando simbólicamente a la clase obrera acompañado de Marx, Engels, Trotsky y Bertram Wolfe llamando a la cohesión del proletariado mundial.

También podría darse una vuelta este reportero por el castillo de Chapultepec para ver cómo, años más tarde, otro de los gigantes de la pintura mexicana, David Alfaro Siqueiros, recreó en “Del porfiriismo a la Revolución” la huelga de Cananea, en la que los obreros, enarbolando banderas rojinegras, le disputan el lábaro patrio al gerente estadounidense de la mina, flanqueados por Marx, Proudhon y Bakunin.

En parte, esos murales, de los que las modestas pinturas de las normales rurales son herederas, fueron producto y saga de la iniciativa educativa que en 1922 se propuso el entonces secretario de Educación Pública, José Vasconcelos, quien, convencido de la necesidad de instruir al pueblo a través de múltiples vías, vio en el patrocinio de un arte figurativo monumental que mostrara los valores de la nueva revolución un camino para lograrlo, ofreciendo a los pintores mexicanos los muros de instituciones públicas con el fin de hacerlo realidad.

Los artistas le tomaron la palabra y, ya encarrerados y marcados por la Revolución de Octubre, aprovecharon la ocasión para plasmar en las paredes una visión de la historia que iba más allá de los postulados de la Revolución Mexicana, llevando sobre sus hombros la misión de promover entre las masas populares la toma de conciencia, catalizar el cambio político y social, presentar la historia como resultado de la lucha de clases, inventar un lenguaje plástico directo, forjar una representación de lo popular y anunciar un futuro socialista, postura que Juan O’Gorman sintetizó reivindicando su pintura como forma de servir al pueblo, a su enseñanza y formación, por lo que la imagen de Marx se convirtió en una referencia constante como parte de la memoria colectiva de un pueblo.

En 1922 se constituyó también, a partir de las pláticas en el andamio, el Sindicato de Obreros, Técnicos, Escultores y

Pintores, cuyos miembros se consideraban a sí mismos, más que meros intelectuales, obreros manuales, obreros técnicos y nada más y entre cuyos acuerdos estaba adherirse a la Tercera Internacional desarrollando una línea estética antiimperialista, anticapitalista, popular y nacionalista, promoviendo el trabajo colectivo y vincularse a la sociedad.

Este sindicato no duró mucho tiempo, ya que sería liquidado por una ofensiva por partida triple que terminó por disolverlo: los estudiantes agredían sistemáticamente los murales, la prensa organizaba sistemáticamente campañas contra sus pinturas y la administración pública presionó a sus integrantes por su colaboración en *El Machete* (Taibo II, 1985).

Sin embargo, la semilla había germinado y a través a través de su plástica, los grandes muralistas elaboraron un relato épico y popular para comprender la historia de México y de muchas otras partes del mundo: como señala el mismo Juan O’Gorman, la identificación del espectador con la obra artística se lleva a cabo cuando ésta contiene aquellos elementos propios de la tradición popular que permanecen en el inconsciente colectivo, de la que Carlos Marx se volvió parte con el tiempo.

Estas facilidades no duraron para siempre, pues según cuenta David Alfaro Siqueiros, los miembros del SOTEP tuvieron que dejar en 1925 los muros fijos de los edificios públicos para tomar las páginas de su periódico: *El Machete*, cambiando al hacerlo una forma de arte público por otra distinta, reconociendo Juan O’Gorman en 1982 que las artes gráficas sustituyeron al muralismo con una inmensa ventaja, ya que podían reproducir millones de copias de un mismo mensaje y llegar a todos.

En este sentido, no es casual que los maestros sean parte de su temática. Diego Rivera reivindicó la importancia de los profesores de banquillo en el retablo de *La maestra rural*, parte de los murales en la SEP, en el que representó a la docente en forma de una mensajera del espíritu que lleva al campo. Como herencia de esa tradición, las paredes de las normales rurales están llenas de imágenes de los creadores del socialismo científico: sin ir más lejos, en uno de los muros pintados en la Normal Rural de Tenérix, en el Estado de México, aparecen pintados sobre un fondo blanco los rostros de Marx, Engels y Lenin junto con la lista de las normales rurales que sobreviven en la actualidad y el nombre de la organización estudiantil arriba: Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México. En otro mural ubicado en la misma escuela, elaborado con mayor técnica, aparecen al centro las imágenes de Lenin, Engels y Marx sobre el mapa de México, sostenidas por una planta

de maíz que surge de un libro en el que aparece escrito el nombre de Tenería junto a Misael Núñez Acosta, el egresado de la escuela asesinado por el charrismo sindical en 1981.

El también muralista José Hernández Delgadillo, nacido en Tepeapulco, Hidalgo, en 1927, promotor de un arte de lucha popular, contaba en sus memorias el impacto que le produjo en su juventud ver, en la antigua capilla de la hacienda en la que se instaló la Normal Rural de Soltepec, los murales al fresco llenos de hoces y martillos y banderas rojas por todos lados, a pesar de ignorar su significado.

Esa impresión inicial germinó y dio fruto años más tarde, y aunque en la normal Hernández Delgadillo fue reclutado a las filas del Partido Comunista, no siguió militando en él porque sus padres, alarmados por su forma de vestir, le impidieron regresar a la escuela, si bien las movilizaciones de 1968 y la represión gubernamental lo llevaron a estudiar marxismo y lo alentaron a hacer murales populares con temáticas de lucha y resistencia. Con esto en mente, pasó a formar parte del grupo Arte Colectivo en Acción, apostando sus cartas a cubrir una necesidad política y propagandística de representar la lucha revolucionaria del pueblo.

Del mismo modo, y decidido a luchar en contra de la corriente abstracta que despersonalizaba la producción de los artistas plásticos mexicanos, retomó la vía humanista del muralismo, representando la realidad con un sentido crítico. Sus murales se convirtieron en un gran cartel, un llamado a la lucha y a reconocerse como clase. Pocos personajes que reflejaran la esencia de la lucha y el movimiento. Diversas normales albergaron su obra. Con el paso de los años, su actividad principal fue el trabajo político con obreros y campesinos.

En distintos momentos y de diferentes formas se ha señalado al muralismo como arte estatista aunque el organizador obrero perteneciente a la estirpe de los indómitos Mónico Rodríguez, tornero calificado y experto en la fragua, peluquero fracasado y laudero reconocido que conoció a Marx en 1928 a través de la literatura propagandística comunista y las obras de Bujarin, quien fuera despedido con la bandera roja y los acordes de *La Internacional* en su ataúd, pensaba de otra manera.

Profesional mal pagado del Partido Comunista durante 12 años y enemigo acérrimo de la burocracia, Mónico definía al marxismo como la “ciencia que nos enseña que no vales por las ideas que das, sino por las que te dan; te dan una

queja y de ahí partes para el análisis con tu poca cultura y tu mínima experiencia”.

Vestido con el mismo saco gris de siempre, de rostro pequeño y anguloso, calvo, de barba cana, cejas extensas y arqueadas y nariz larga de anchas fosas nasales, Mónico, hombre sencillo y modesto, enemigo del puritanismo y la mojigatería, con una sabiduría ganada a punta de golpes de vida, que viajó y promovió la organización autónoma de obreros y campesinos en cerca de la mitad del país, soñaba con esos murales.

Contaba Rodríguez que un día soñó que contemplaba, junto a un grupo de compañeros, la historia mural de México pintada por Diego Rivera en las escalinatas de Palacio Nacional y, al decirles “admiren la obra de un comunista”, se apareció Diego, con su yompa ferrocarrilera y su gran vientre y lo saludó efusivamente como si fueran camaradas.

Referencias

- Anguiano, A.; Pacheco, G. y Vizcaíno, R. (1975). *Cárdenas y la izquierda mexicana*. México: Juan Pablos Editor.
- Bartra, A. (1996). *Guerrero bronco: campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande México*: Ediciones Sinfiltro.
- Wolfe, B. (1981). *A life in two centuries: an autobiography*. Nueva York: Stein and Day.
- Carr, B. (1996). *La izquierda mexicana a través del siglo XX*. México: Editorial Era.
- De Pablo, O. (2018). *La Rojería. Esbozos biográficos de comunistas mexicanos*. México: Penguin Random House.
- García Cantú, G. (1969). *El socialismo en México. Siglo XIX*. México: Ediciones Era.
- Millon, R. P. (1964). *Vicente Lombardo Toledano: biografía intelectual de un marxista mexicano*. México: S.E.
- Padilla, T. (s/f). “Las normales rurales: historia y proyecto de nación. Recuperado de <<http://www.elcotidianoenlinea.com.mx/pdf/15409.pdf>>.
- Raby, D. L. (1974). *Educación y revolución social en México*. México: SepSetentas.
- Santos Valdés, J. (1980). *Autobiografía*. México: S.E.
- Taibo II, P. I. (1985). *Bolsheviks. Historia narrativa del comunismo en México 1919-1925*. México: Planeta.
- Villaseñor, V. M. (1976). *Memorias de un hombre de izquierda. I. Del Porfiriato al cardenismo*. México: Ediciones Gandesa.
- <<http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v14/doc/1120.pdf>>.